

LA PROTESTA

Año 18

Precio: 5 ctvs.

Buenos Aires, Miércoles 10 de Setiembre de 1913

(PORTE PAGO)

Núm. 2038

DIARIO DE LA MAÑANA

Oficinas: CANGALLO 2559

Unión Tel. 4131 (Márc)

Correspondencia, valores, giro, etc., a nombre del administrador: A. Barrera

SUSCRIPCIÓN PAGO ADELANTADO

Mensual en toda la república: \$ 1.50
Exterior: \$ oro 0.50

Los originales no se devuelven ni se contestan

LA PROTESTA, Setiembre 10 de 1913

De la revolución

Y los revolucionarios

Hay algunos compañeros — y éstos pertenecen a un grupo diferente de los que hemos analizado ayer — que son también revolucionarios, esto es patriotas de un movimiento insurreccional por el estilo del de Méjico, y que experimentan el más profundo desdén por la obra nuestra, y aun por toda obra de esta clase, que consideran de pura palabrería, mientras la tiranía se cuece cada vez más bajo sobre nuestras cabezas y nada hay que haga cesar esta situación intolerable. Estos compañeros, cuya sinceridad no voy a poner en duda, consideran ya dos o tres veces toda propaganda imposible, por las leyes dictadas por el gobierno o por las persecuciones hechas contra los anarquistas; y la menor reacción del enemigo les causa una depresión tan grande que no ven otra salida que una revolución inmediata y triunfante, no habiendo nada que pueda vencer su repugnancia del presente ni su eterno descontento por las acciones poco trascendentes, pero acciones al fin, del heroísmo modesto.

La afirmación, la propaganda, la acción diaria y lesonesa, la voluntad de permanecer o existir, la misma reconstrucción de los antiguos redactos desde los que se entabló el combate; todo esto los deja fríos, impasibles, no logra disipar su abatimiento, les parece de una monotonía de lluvia tediosa resbalando sobre los terrones, les causa fastidio, les produce irritación, se les hace intolerable, los hace desear con más fuerza la revolución o un hondo cataclismo que ponga término a ese piqueteo de la vida diaria, tan valiente, tan tranquilamente heroica, restañando sus heridas para empezar de nuevo el combate; y siempre bregadora, desalojada de aquí para florecer allí, afirmativa, invencible, inmortal, llevando siempre adelante el pendón de las reivindicaciones anarquistas, conquistando o recuperando algunas, apostándose para la batalla por las otras—siendo acción que no cesa, voluntad que no se dobla, brazo que no se encoje, palabra que no cesa de pronunciarse y verbo que no deja de brillar, o de quemar o de alumbrar, como la tea o la antorcha...

Nada puede conformar a estos compañeros, a no ser la voladura con dinamita de la mole que los oprime. Y las moles son para ellos muchas e innumerales. Apenas surge una dificultad, la batalla puede hacernos una herida, en la brecha se recibió un arañazo, ya es una mole levantable... El dilema: «ser o no ser», los acorrala en un círculo de hierro. Y si la mole no puede ser removida, proclaman la derrota de los anarquistas y la ineffecticia de la resistencia de los que no quieren dejarse

aplastar. No es resistencia lo que hace falta, sino la voladura con dinamita de la mole... Y así, estos compañeros, se afirman contra nosotros revolucionarios, nos contemplan despectivamente, o nos reciben fastidiados, abúlicos, desconfiados, formando otro de los grupos revolucionarios de nuestro campo, cuyas características son estar siempre encerrados en algún dilema fatal, lejos de la gloriosa brecha de la vida... Situaciones intolerables para ellos son todas, las mismas que habría que desconfiar como consecuencias mínimas de la batalla, y viven luchando contra este mal intolerable que emana de ellos mismos, deseando la revolución a cada rato...

Estas ideas, que en estos compañeros que son pasivos se traducen por la incitación o el deseo, acrece de cada cosa, de un fuerte movimiento insurreccional como el de Méjico, son las mismas que en Bonnet y aquellos otros compañeros que pusieron sobre todo la cualidad activa, les hizo obrar contra la nada en la forma que lo hicieron:—pero como productos de una depresión, aun con su afirmación tan sonamente revolucionaria, que a tantos oídos aturdió, el imperio de ellas no produce, como pudiera creerse, una exaltación, sino una depresión en el ambiente. Jamás estuve más deprimido el ambiente anarquista de la Argentina, hubo menos acción contra nadie, menos resistencia contra la tiranía, que cuando estos compañeros revolucionarios podían considerarse como conductores del movimiento social de esta región. Y hay, aún hoy, la mayor depresión forma el ambiente en que se debaten ellos... Todo los cohibe, todo tiene una voluntad hostil hacia ellos y desean una revolución, pero una gran revolución que barra con todo; sólo que ésta tiene que ser triunfante, porque si se pierde o llega a tener consecuencias como la protesta del centenario, la mole se hará peor, más intolerable. El compañero Grate ha relatado como los de la «banda trágica», que cuando iban en triunfo aumentaban paralelamente su gallardía y su audacia, cuando empezaban a caer se arrepintieron y flaquearon. La depresión original, en que consistía su maldita rebeldía, reapareció y salvo unos pocos valerosos que resistieron hasta el final, los demás decayeron y se sintieron aplastados por su misma morbosidad, que fué su luz poderosa de un día...

No creo que la depresión pueda ser un estado favorable para fundar algo estable y de efectos permanentes contra las cosas que combatimos. Creo que la moralización de todos los compañeros, con la confianza en la acción diaria, es un estado mejor y que puede hacer a esta acción diaria sumamente incontrarrestable y poderosa. Los gobiernos la persiguen porque los hace electo y porque es una cosa que seguirá, que en sus alternativas, de simple resistencia y de ataques a fondo, va abriendo una brecha en la sociedad presente que es imposible impedir ni tapar. Soy también revolucionario, y fui uno de los que contribuí a la protesta del centenario y contribuiré siempre a la agitación contra el gobierno o los privilegiados; pero a condición de que se transforme esto mismo en fuerza revolucionaria, y que lo sea desde ya. «Ni optimismo ni pesimismo», decía, creo, Ricardo Mella. Ni depresión ni exaltación. Por encima de la salud y de la enfermedad, la idea anarquista es siempre una cosa buena y la acción social del anarquismo debe ser una acción eficaz y continua.

T. Antúñ.

Desde la barra

La calle Libertad

Nuestro reporter, que es incansable y que tiene además un temperamento activo capaz de multiplicarse al par de cualquier Di Tomsó más o menos aspirante al parlamento, nos ha venido con el cuento de un descubrimiento que dice haber hecho recientemente. Se trata de otra barra, desde la cual, según él, se pueden ver cosas muy interesantes, que es la de la pequeña cámara donde sientan sus posaderas los venuderos burgueses del concejo municipal.

La primera noticia que de allí nos ha traído se refirió a Sylla Monsegur, el onoso capitalista, fundador del Teatro Municipal y autor de toda una serie de tentativas con ribetes caritativos o patrióticos que le han dado, una popularidad de revista, que bien se puede comparar a la de cualquier completista de Music-Hall o a la de algún inventor de específicos panaceas.

He aquí la nueva! El concejal Monsegur, en unión de algunos otros de sus colegas, ha presentado un proyecto en el cual se pide el cambio de nombre de la calle Libertad—nuestra antigua calle—por el de José C. Paz.

¡Se dan cuenta los lectores? Parece que estos funcionarios republicanos, aduladores de la plutocracia, no pueden ver la libertad ni en los letreros de las calles.

Pero a todo esto la gente se preguntará quién era este señor cuyo nombre puede así, con tanta facilidad sobreponerse a la misma palabra libertad que debería ser casi sagrada para los democratas... Se lo diremos: es el dueño del diario «La Prensa» y no tiene otro mérito que el de haber legado a sus descendientes algunas decenas de millones amasados con el sudor de sus esclavos, durante los largos años que manejó la rentadora empresa. Es lo único que hizo, fuera de haberse muerto, como cualquier otro ser, este ciudadano... Y sin embargo es casi seguro que Monsegur va a salirse con la suya de suprimir la libertad de las calles.

Después de esto solo falta que la supriman del himno nacional, en donde está repetida tres veces, y que es precisamente en la única parte donde sobra. ¡Podría aquí reemplazarla con el nombre de Sáenz Peña, por ejemplo, que es el fundador de la libertad electoral que tenemos ahora!

Pero, a todo esto ¡qué clavo para nosotros si LA PROTESTA no hubiese sido quemada! ¡Miren que vivir en la calle José Paz!

La apoteosis de un Príncipe

BEBEL

En «La Vanguardia» de ayer, Antonio Zaccagnini describe la apoteosis de Bebel, el privilegiado decedido últimamente en Berlín, a quien sus correligionarios de la social-democracia de todas partes, han querido rendir honores de Príncipe, para que la devoción del poder no se pierda... Ya aquí, el doctor Repetto quiso provocar el homenaje de los otros privilegiados que se sientan en la Cámara criolla, aduciendo como principal razón que se trataba de un privilegiado como ellos, de un abonador del poder, de un Príncipe eminente, jefe de una fracción gobernante del imperio alemán. Y el doctor Repetto, que hizo en la misma Cámara el elogio de Campos Salles, y el diario socialista que

suele exornarse con las ideas gubernamentales del presidente Wilson, que con razón consideran algo socialistas y no más alejados de ellos que nuestros representantes criollos del León Bebel, pudo manifestar muy bien su sorpresa por la inopinada torpeza de nuestros legisladores al negarse al homenaje a otro privilegiado como ellos, sólo por ser socialista.

La apoteosis de Bebel, salva pues el error de nuestros legisladores y restablece los verdaderos derechos de todos los Príncipes a ser honrados por los vasallos, odiados y despreciados. ¡Paso, pues, al homenaje y que el pueblo aprecie como debe la apoteosis de los Príncipes!

En la Prisión Nacional

Como se trata a los detenidos

El célebre Catello Muratgía

Y su manera de regenerar al delincuente

Hemos recibido la visita ayer de un detenido, puesto en libertad recientemente de la Prisión Nacional, que nos ha hecho un edificante relato del trato que se da en esa onerosa cárcel a los que tienen la desgracia de pasar algún tiempo por ella. El director, ingeniero Catello Muratgía, es un «chasseur», que ha hecho el más enorme cuartito a la burguesía, con sus pregonadas doctrinas de regeneración del delincuente, que en el Presidio de Lhuana ponía en práctica, ofendiendo de todas maneras a los presi diarios, trabajando en contra de su moralización en cualesquiera forma, cosa que nos consta por haberlos revelado todos los detenidos cuando nuestro forzado viaje allí, y que en la Prisión Nacional, con estar en medio de este centro civilizado, no es menos malvado ni menos verdugo.

La persona que nos ha visitado, que revela síntomas evidentes de enfermedad, cuenta que apesar de haber un cuerpo de seis médicos en esa prisión, los detenidos no pueden recibir ningún género de medicación ni asistencia, sino por orden del director, quien realiza con la enfermería de la cárcel, y a despecho de todos los consejos de la ciencia, lo que se le antoja, pudiendo presumirse los negocios que hará con ella, a costa de la salud de los pensionistas que como nuestro visitante, son tomados sanos y luego devueltos enfermos a la sociedad por falta de asistencia.

Tampoco se da a los presos la alimentación que tienen asignada y que el gobierno paga; pero esto el señor Muratgía, que es un director aprovechado, lo compensa por la libertad que concede a sus pensionistas de comprar lo que deseen... a alguien que le da parte, indudablemente.

El trabajo en los talleres que, según el pensamiento filantrópico de su institución, tiene por objeto que los detenidos próximos a salir en libertad, puedan ganar algunos centavos para no tener que delinquir al ser devueltos a la sociedad, aparte de darle al futuro hombre regenerado una aptitud para la vida, es distribuido caprichosamente y sin tener en cuenta ninguno de estos fines y guárdese el señor director por su auto personal, degenerado e inestable. Este expasionista de la Prisión Nacional, manifiesta que apesar de haber observado una conducta inflexible y de abrigar los mejores deseos de reformatarse y de ser un hombre apto, no ha podido obtener ninguno de esos beneficios; y en igual caso están los demás presos no

